

UN INVESTIGADOR SINGULAR: JORGE FERNÁNDEZ (1933-2001)

JOAQUÍN ROBERTO BÁRCENA

El camino era difícil debo reconocerlo. Estrecho, a casi 4000 metros de altura, de una sola vía y según la dirección de avance propia, siempre y cuando la hiciera saber a cada trecho, y por teléfono precario, al «control del tránsito» de la «Mina Aguilar».

En el clásico 3 CV, debo reconocerlo también, parecía una odisea enfrentar en la pista única de ese sector de la Puna argentina, a los impresionantes camiones cargados de mineral que avanzaban en sentido contrario, con o sin aviso telefónico.

En esa escena de cíclopes, trajín notable de páramo, conocí mejor a Jorge Fernández, bálsamo de oasis junto a su esposa Nilda y sus hijos, que nos esperaban en el complejo minero, a mi esposa Puly, a Juan Schobinger y a mí, con su afabilidad y amistad de siempre.

Técnico Minero de profesión, Jorge no sólo conoció el país de un extremo al otro, sino que lo hizo amándolo, sorprendiéndose continuamente de su naturaleza, de sus culturas, aquilatando a lo largo de su vida esta pasión, aprehendiendo paisajes, geología y geografía, reconociendo antiguas etnias y sitios arqueológicos, documentando, preguntándose por el proceso natural y cultural, de la tierra, de animales, plantas y hombres.

¿Quién fue esta persona, colega y amigo, con el que pasamos, entre muchos otros, aquellos inolvidables días de Puna, por las entrañas de la tierra, conociendo el trabajo del mineral noble que lo sustentaba económicamente por entonces, mientras se daba tiempo para mostrarnos en la superficie infinidad de yacimientos arqueológicos que él conocía muy bien y que, generoso, nos cedió el privilegio de excavar y estudiar en algún caso, quedando él como autor secundario de los resultados?

Jorge Fernández fue parte de un grupo de investigadores que no siguieron estudios superiores estructurados, formales, pero que sí supieron orientar su profunda vocación científica procurando las bases del conocimiento especializado por sí mismos, adentrándose por las diversas concepciones teóricas y metodológicas merced a su inquietud, pero también debido a su fluida relación con académicos y científicos de ámbitos institucionalizados, no desdeñando recibir lo que mejorara su formación *ad hoc*.

Quizás esto contribuyó a que sumara su caso al de otros que, por fortuna para el medio antropológico nacional, ingresaron a la carrera científica del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) sin contar con titulación de grado.

Lo hizo a relativamente avanzada edad para comenzar con la misma, permaneciendo durante un poco más de 25 años en ella, alcanzando la categoría de investigador independiente.

Antes, como Técnico, debió afrontar muchas veces el destino minero, de la lejanía con los sitios del saber universitario, lo que constreñía asimismo las posibilidades de estudios para su familia.

La posición en el CONICET le permitió por fin dedicación completa a sus investigaciones y también su residencia definitiva en Buenos Aires, formando parte, sucesivamente, de dos instituciones con diferente perfil, ambas de excelencia en sus especialidades: el Instituto Nacional de Antropología (INA), el Instituto de Geocronología y Geología Isotópica (INGEIS, CONICET) y de nuevo, hasta su fallecimiento, del actual Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL, Secretaría de Cultura Nacional).

No obstante sus claros merecimientos para esto, Jorge Fernández guardó siempre un particular respeto y consideración por tales ámbitos, por la universidad, por sus colegas investigadores, quizás sintiendo una deuda de gratitud y otorgando menor valor a sus propios avances, a lo que seguramente contribuía su natural prudencia, bonhomía, su respeto por el otro, su propia humildad.

Sin embargo, su capacidad intelectual, su poder de indagación y análisis, su espíritu crítico y su tenacidad, lo hacían acreedor a merecimientos y reconocimientos especiales, como los dos premios a la investigación científica otorgados por el Ministerio de Educación argentino, que él asimismo aceptaba con humildad, pero que sin duda lo ponían al mismo nivel o superior al que él tanto respetaba.

Sólo con observar sus archivos y biblioteca bastaba para mostrar a un documentalista, apasionado del registro minucioso, ansioso por analizar y explicar la complejidad de los procesos étnicos indígenas, en fin, la propia historia de la investigación antropológica en la Argentina.

Pocos como Jorge estuvieron en condiciones de reunir un corpus bibliográfico prácticamente exhaustivo y analizarlo, brindando una obra de enjundia como la *Historia de la Arqueología Argentina* (1982), publicada por la Universi-



dad Nacional de Cuyo, o bien dar a luz una *Historia de los indios Ranqueles* (1998), parte de un corpus mayor, aún inédito, publicada por el INAPL. Manejando en este último la informatización de la documentación, agregando esta poderosa herramienta a sus posibilidades de trabajo: no es fácil comprender para un graduado actual cómo pudo trabajarse con fichas soporte papel y sin fotocopiar, es decir, sin las posibilidades cibernéticas actuales, alcanzando grados notables de minuciosidad y seguridad en el registro, salvo que aquilate el valor del esfuerzo de un sagaz y perseverante trabajador.

Basta que leamos a Fernández dedicar la primera obra nombrada «A la Sociedad Científica Argentina en su primer centenario (1872-1972)» y que diga en el prólogo del segundo libro mencionado «Que finalmente haya sido aceptado por el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano para su publicación, colma las aspiraciones más optimistas a las que alguna vez pudo haber aspirado el Autor, que agradece conmovido a su Directora el haberle proporcionado tanto una relativa independencia como la tranquilidad indispensables al trabajo intelectual», para avizorar aquellas condiciones, su forma de ser y proceder especiales e, incluso, vislumbrar ese don de la palabra escrita, el de un literato del bien decir.

Numerosos excelentes trabajos de arqueología forman parte de su extensa bibliografía editada, dedicados tanto a regiones del norte patagónico como del noroeste extremo del país, entre los que no podemos dejar de mencionar el publicado en varios tomos por la Universidad Nacional de Cuyo. Referidos a las excavaciones en la Cueva de Haichol del Neuquén, los tomos reúnen no sólo su propia indagación y resultados, sino que integran el esfuerzo de varios colegas que colaboraron con Fernández.

De ascendencia española, asturiana como en mi propio caso, compartimos con Jorge algunos días de 1984 en Madrid, durante el Seminario sobre las Culturas Indígenas de la Patagonia, con sede en el Museo Arqueológico Nacional, a la sazón dirigido por el Dr. Eduardo Ripoll Perelló.

Allí surgió que le ayudáramos a ubicar antepasados suyos en Asturias, los que después pudo conocer emocionado, merced a lo que fue una fructífera estada de estudios en el propio MAN apoyado, como en mi caso, por el CONICET, el propio Museo y la generosa acogida que siempre nos brindó Eduardo Ripoll.

Para Jorge fue un especial esfuerzo el tránsito español, que lo llevó a aquilatar una experiencia diferente y refirmar, en contacto con un especialista de nota como Ripoll, la vertiente de investigaciones sobre el arte rupestre en Argentina, del que ya había publicado, entre otros, «Petroglifos del departamento Minas, Neuquén» en 1979 y en Barcelona: se trataba de una de las contribuciones a la *Miscelánea de Arte Rupestre de la República Argentina*, de las Monografías de Arte Rupestre (Arte Americano, n° 1), impulsadas asimismo por Ripoll.

Otra contribución destacable que le debemos sobre arte rupestre es precisamente su *Corpus de arte prehistórico neuquino (Primera Parte)*, que publicó en la Revista del Museo Provincial (tomo I, 1978), de Neuquén.

Podría seguir con otros, numerosos y valiosos, aportes debidos a Fernández. Sin embargo, prefiero eximirme de esto, dado que el lector los hallará muy pronto reunidos, junto con el merecido homenaje al autor, en la lista bibliográfica de su producción, que aparecerá con el nuevo número de «Cuadernos» del INAPL. Tampoco debe olvidarse el muy interesante trabajo que publicó en estas mismas páginas del *Butlletí*: «El arte ornamental en la Patagonia», BRACBASJ, vol. XI, 1997, págs. 211-268, 37 figs.

En cambio, deseo destacar otra faceta notable de Fernández: su tránsito, no común, por diferentes especialidades tanto de las ciencias antropológicas como de las ciencias de la naturaleza.

Por eso, me parece significativo su paso por dos institutos de especialidades en esos campos.

Vimos cómo el INAPL fue su postrer centro de acogida, en el que pudo contar con biblioteca y un ámbito de trabajo con caracterizados colegas de la Antropología, entre ellos, el querido amigo, excelente arqueólogo y especialista del arte rupestre, Carlos Gradín, cuyo fallecimiento lamentamos este año de 2002.

En el INGEIS, a su vez, pudo desarrollar toda una vertiente de su interés por los isótopos radiactivos, entre otras, confluyendo con profesionales de la física y la química nuclear, pergeñando proyectos conjuntos sobre dataciones por carbono 14, así como determinando las señales de los isótopos estables del carbono en pelos y huesos de animales herbívoros y carnívoros de ambientes del altiplano argentino, contribuyendo a estudios de interés sobre la dieta de especies silvestres.

Con estas contribuciones, publicadas por ejemplo en «Xama» (t. 12-14, 1999-2001, Mendoza), junto con H.O. Panarello, director actual del INGEIS, pusieron a prueba métodos y técnicas particulares, altamente ilustrativos y necesarios para el desarrollo de la evaluación de los trazadores dietarios y el mejoramiento de la comprensión de sus posibilidades según su aplicación en la problemática de la nutrición de grupos aborígenes, basándose en el estudio isotópico de tejidos diversos y en el colágeno de los restos óseos.

Polifacético, minucioso, preciso, prudente, científico valioso, Jorge Fernández partió la víspera de la Navidad del año 2000. Quedó en nosotros el vacío del amigo que se fue y la plenitud de su ejemplo. Dejó a la ciencia la fructífera complejidad de sus abordajes y la singularidad de sus significativos avances disciplinarios.

Una Navidad más tarde, ésta de 2002, más que la congoja, nos acompaña el agradable recuerdo de un excelente y singular hombre de ciencia, de la relevancia de sus contribuciones antropológicas y multidisciplinarias, de una muy buena persona, de un amigo.

Jorge Fernández partió posiblemente en nueva búsqueda de viejos horizontes perdidos: cada vez que los vislumbremos estará cerca, casi junto a nosotros diría.